

# La inteligencia artificial en el mundo del trabajo asalariado: una crítica en clave marxista frente a un horizonte de posibilidades

## Artificial Intelligence in the World of Salaried Work: a Critique in a Marxist Key Against a Horizon of Possibilities

## A inteligência artificial no mundo do trabalho assalariado: uma crítica em chave marxista face a um horizonte de possibilidades

José Francisco Gómez Rincón 

jogomez36@hotmail.com

investigador independiente, España



Artículo de reflexión derivado de investigación

Recepción: 2024/10/22– Aprobación: 2024/11/06

eISSN: 2145-8529

<https://doi.org/10.18273/revfil.v24n2-2025008>

**Resumen:** en este artículo pretendemos mostrar la validez que la crítica de Karl Marx al movimiento del ludismo presenta en nuestra actualidad marcada por la incipiente implementación de los sistemas de inteligencia artificial al mundo del trabajo. Pretendemos hacer ver que este escenario, y las posibilidades que plantea, abren, desde el punto de vista marxista, todo un horizonte de posibilidades de cara a la conquista de nuevas cuotas de libertad para los seres humanos, pero que estas solo son posibles de alcanzar si somos capaces de superar el sistema capitalista, pues como argumentó Marx en su crítica al movimiento del ludismo, la tecnología no es, por sí misma, ni buena ni mala, su condición moral depende de cómo la misma se emplee y esa utilización viene determinada por la cultura dominante en una sociedad.

**Palabras clave:** ludismo; inteligencia artificial; socialización; capitalismo; crisis del trabajo.

**Información sobre el autor:** doctor en ética y democracia por la Universidad de Valencia, España. Investigador independiente. Miembro del Grupo de Investigación en Bioética de la Universidad de Valencia (GIBUV). Último cargo institucional: asesor político en el Ayuntamiento de Sagunto.

**Forma de referenciar (APA):** Gómez Rincón, J. (2025). La inteligencia artificial en el mundo del trabajo asalariado: una crítica en clave marxista frente a un horizonte de posibilidades. *Revista Filosofía UIS*, 24(2), 161-181. <https://doi.org/10.18273/revfil.v24n2-2025008>

**Abstract:** in this article we aim to show the validity that Karl Marx's criticism of the Luddism movement presents in our current times marked by the incipient implementation of artificial intelligence systems in the world of work. We intend to show that this scenario, and the possibilities it raises, open, from the Marxist point of view, a whole horizon of possibilities in order to achieve new levels of freedom for human beings, but that these are only possible to achieve if we are capable of overcoming the capitalist system, because as Marx argued in his criticism of the Luddism movement, technology is not, in itself, either good or bad, its moral condition depends on how it is use and that use is determined by the dominant culture in a society.

**Keywords:** luddism; artificial intelligence; socialization; capitalism; work crisis.

**Resumo:** neste artigo pretendemos mostrar a validade que a crítica de Karl Marx ao movimento ludismo apresenta nos nossos tempos atuais marcados pela implementação incipiente de sistemas de inteligência artificial no mundo do trabalho. Pretendemos mostrar que este cenário, e as possibilidades que ele suscita, abrem, do ponto de vista marxista, todo um horizonte de possibilidades para alcançar novos níveis de liberdade para os seres humanos, mas que estes só são possíveis de alcançar se forem capazes de superar o sistema capitalista, porque como Marx argumentou na sua crítica ao movimento ludista, a tecnologia não é, em si mesma, nem boa nem má, a sua condição moral depende da forma como é utilizada e esse uso é determinado pela cultura dominante numa sociedade.

**Palavras-chave:** ludismo; inteligência artificial; socialização; capitalismo; crise de emprego.

---

## 1. Introducción

En los tiempos recientes se está viviendo toda una revolución en lo que confiere al avance de las nuevas tecnologías, especialmente de aquellas relacionadas con la computación y la informática. Unos avances que están permitiendo a las máquinas ganar cada vez mayor autonomía en la toma de decisiones, gracias a complejos sistemas de algoritmos y procesos de aprendizaje autónomo, basados en el tratamiento de datos recopilados en red. Nace así la más moderna versión de la inteligencia artificial (de ahora en adelante I.A), un conjunto de protocolos informáticos y sistemas de algoritmos automáticos que permiten a las máquinas procesar datos, interactuar con los seres humanos, asumir algunas funciones hasta ahora reservadas a las personas e, incluso, tomar sus propias decisiones de forma autónoma (Nowotny, 2022, pp. 35-65).

La I.A está suponiendo la apertura de todo un nuevo horizonte de posibilidades en el mundo actual, pues, a juzgar por las palabras de sus defensores, sus posibilidades de aplicación a campos como la medicina, la burocracia o, en un futuro, la política, supondría un enorme avance en términos de eficacia y eficiencia, dado que la I.A puede acabar superando las capacidades de los seres humanos a la hora de procesar datos y tomar decisiones independientes de factores externos e influencias tales como las pasiones o los

condicionantes culturales (Nowotny, 2022, pp. 101-127). Así, la aplicación de sistemas de inteligencia artificial a algunos procesos permitiría un gran ahorro de tiempo y dinero a la vez que mejoraría el funcionamiento de aquellas administraciones, públicas o privadas, donde se implantase.

Dejando de lado la verdad o falsedad de esta afirmación sobre la supuesta neutralidad de las inteligencias artificiales y la presumible mejora del rendimiento de las administraciones donde se puedan aplicar, que aún está por demostrar y sobre la que existen ciertas y fundadas dudas, tanto a nivel teórico como práctico, la posibilidad de que en un futuro no muy lejano, los ordenadores y las inteligencias artificiales, acaban por sustituir a los seres humanos en ciertas áreas hace levantar las suspicacias y recelos de muchas personas que ven en esta posible sustitución una amenaza para su medio de vida, pues sienten que las máquinas, guiadas por estos nuevos sistemas de inteligencia artificial, podrían acabar por desplazarles de su ámbito laboral, sumiéndoles en el océano del desempleo (Selma Penalva, 2021).

A pesar de la novedad histórica que supone la irrupción de la I.A de cara a la mejora de la eficiencia y la eficacia en algunos ámbitos laborales, la preocupación porque esta implantación de la máquina, más o menos inteligente, sustituya al ser humano en algunos puestos de trabajo y las terribles consecuencias económicas que esto plantea para las expectativas vitales de ciertas personas no es nada nueva en la historia del ser humano (Bastani, 2020, pp. 13-27). Durante la revolución industrial el miedo a que las máquinas de más reciente invención fueran implantadas en las fábricas de entonces y sustituyeran a las y los trabajadores humanos, hasta entonces imprescindibles, originó el surgimiento de todo un movimiento por parte de estos trabajadores que veían amenazados sus puestos de trabajo ante el avance de la maquinización: el movimiento del ludismo, uno de las primeras muestras de organización del movimiento por los derechos de los trabajadores en el contexto de la industrialización, precursor de muchos de los que vendrían después (Bastani, 2020, pp. 49-71).

El ludismo, como movimiento político y social, mostraba preocupación por la tendencia de los propietarios de las fábricas por sustituir a los trabajadores humanos por avanzados avances tecnológicos, los cuales permitían una mayor producción industrial a un coste muy inferior al de un obrero industrial (Bastani, 2020, pp. 49-71). En términos de eficiencia y eficacia invertir en máquinas que sustituyeran a la mano de obra humana era una operación muy rentable, pues donde 50 hilanderas humanas podían tardar 12 horas en producir 150 paños de calidad suficiente como para sacarlos al mercado, un solo telar mecánico podía producir esos 150 paños en apenas una hora, con lo cual la producción se veía incrementada y el coste de una sola máquina era inferior a los salarios de las 50 hilanderas humanas (Marx, 2014, pp. 351-374). Los luditas veían en la máquina una amenaza para sus puestos de trabajo debido a que el empresario, en constante búsqueda de incrementar la producción y reducir el costo de la misma

para ver aumentar sus plusvalías, no dudaba en sustituir a sus trabajadores humanos por máquinas, lo que tenía para esos mismos trabajadores y trabajadoras unas terribles consecuencias para su calidad de vida (Bastani, 2020, pp. 49-71). Es por ello que desde el movimiento del ludismo se apostaba por la acción directa, por la destrucción de las máquinas con la esperanza de frenar ese proceso de sustitución y asegurar el mantenimiento de los salarios y las condiciones de vida de las trabajadoras y los trabajadores (Marx, 2014, pp. 381-391).

Las resonancias del miedo de los luditas a perder sus puestos de trabajo frente a unas máquinas capaces no sólo de hacer su mismo trabajo sino de hacerlo más rápido y mejor, nos resultan familiares a día de hoy. Son muchos los trabajadores y trabajadoras que en nuestra actualidad adoptan esa misma actitud frente a las máquinas en general y, en concreto, hacia las inteligencias artificiales y sus posibilidades, en tanto en cuanto estos modernos sistemas podrían acarrear la pérdida de miles de puestos de trabajo, al ser sustituidos los humanos por sistemas de I.A en algunas tareas, lo cual, tendría un coste gigantesco en términos de economía de las familias y valorización de los propios seres humanos (Corvalán, 2019). Los defensores de la I.A aseguran que, pese a la previsible destrucción de puestos de trabajo que la implantación de las inteligencias artificiales a los entornos laborales creará, este mismo proceso hará aparecer nuevos nichos de empleo, nuevas profesiones que podrán ser ocupadas por esas mismas personas que, a consecuencia de la implantación de estos nuevos sistemas perderán su medio de vida (Goñi Sein, 2019). No obstante, esto no es algo seguro y frente a la incertidumbre es normal que muchas personas muestren recelos ante las I.A, máxime cuando hay tanto en juego.

A pesar de los miedos que la I.A aplicada a los entornos laborales genera entre las trabajadoras y los trabajadores, esta tecnología supone toda una ventana de oportunidades de cara a la liberación de los seres humanos de las necesidades (Bastani, 2020, pp. 71-91). Unas oportunidades que, para su aprovechamiento completo, dependen de que seamos capaces de mirar más allá del actual sistema capitalista neoliberal. En este artículo pretendemos mostrar la validez que la crítica de Karl Marx al movimiento del ludismo presenta en nuestra actualidad marcada por la incipiente implementación de los sistemas de inteligencia artificial al mundo del trabajo. Pretendemos hacer ver que este escenario, y las posibilidades que plantea, abren, desde el punto de vista marxista, todo un horizonte de posibilidades de cara a la conquista de nuevas cuotas de libertad para los seres humanos, pero que estas sólo son posibles de alcanzar si somos capaces de superar el sistema capitalista, pues como argumentó Marx en su crítica al movimiento del ludismo, la tecnología no es, por sí misma, ni buena ni mala, su condición moral depende de cómo la misma se emplee y esa utilización viene determinada por la cultura dominante en una sociedad.

En resumen, de lo que se trata es de emplear la crítica realizada por Marx en su obra *El Capital* para mostrar cómo los miedos que despierta la aplicación

de la I.A al mundo del trabajo sólo tienen sentido desde una perspectiva capitalista, pues si se adopta un enfoque inspirado en los planteamientos del crítico alemán, las posibilidades que dibuja esta nueva tecnología son enormemente emancipadoras para las trabajadoras y los trabajadores. La crítica, por tanto, no debe deslizarse hacia la inteligencia artificial o la tecnología en sí, sino hacia el modo de utilizarla, algo que está condicionado por la cultura dominante y es ahí donde debe librarse la batalla política (Adorno y Horkheimer, 2007, pp. 133-183). No obstante, para entender esto es necesario comprender cuál era la crítica que lanzaba Marx al movimiento del ludismo.

## 2. La crítica de Marx al ludismo

El movimiento del ludismo fue uno de los primeros movimientos obreros organizados contra el sistema capitalista fabril del siglo XIX. Los luditas fueron especialmente populares en la Inglaterra de la revolución industrial y su “práctica revolucionaria” consistía en la destrucción de las nuevas máquinas industriales, como los telares mecánicos o las máquinas de hilar, bajo el pretexto de que estos nuevos equipamientos industriales destruían el trabajo de los obreros y obreras condenándoles al paro, al hambre y la miseria. Los luditas, en resumen, destruían las máquinas modernas porque pensaban que estas nuevas tecnologías eran la principal causa de su empobrecimiento y miseria (Bastani, 2020, pp. 49-71). Los detractores de las tácticas del ludismo, desde el lado capitalista, caricaturizaban a los integrantes del movimiento como destructores de los modernos equipamientos industriales sin más motivación que una añoranza nostálgica de la nobleza del trabajo manual en el pasado. Para estos críticos del ludismo la destrucción que los partidarios del movimiento llevaban a cabo no tenía la más mínima justificación racional (Marx, 2014, pp. 46-51). No obstante, frente a estas críticas capitalistas, los luditas se veían cargados de razón desde la perspectiva de los obreros industriales y sus familias, que dependían de los amenazados sueldos de las fábricas.

El movimiento del ludismo era fruto de un incipiente análisis sobre las causas de la miseria en la que vivían las clases obreras durante la Revolución Industrial. Desde su perspectiva los nuevos inventos aplicados a los procesos industriales estaban destruyendo sus fuentes de ingresos (Bastani, 2020, pp. 49-71). Una sola máquina de hilar era capaz de realizar el trabajo de casi 50 hilanderas profesionales en la mitad de tiempo, con lo cual, esas 50 hilanderas se convertían en un gasto superfluo. Era más rentable, para el industrial fabril, invertir en la compra de 4 de estas nuevas máquinas que en contratar a 200 trabajadoras a las que debería pagar un sueldo y conceder tiempo de descanso (Marx, 2014, pp. 344-351). La maquinaria industrial era mucho más eficiente que la mano de obra humana, con lo que esta última, desde la perspectiva empresarial, se volvía completamente prescindible (Marx, 2014, pp. 399-410). El problema con esta lógica era que esas 200 hilanderas sustituidas por 4 máquinas de hilar se veían, una vez remplazadas, en una situación de completo desamparo social: perdido su trabajo no contarían ya con ningún medio de vida

hasta que encontraran una nueva ocupación. En esta situación se veían miles de seres humanos, remplazados por modernas máquinas mucho más eficientes que las personas. Esta eficiencia de la máquina respecto al ser humano fue algo que Marx analizó en su *Capital* y que relacionó con la capacidad del empresario para obtener plusvalías que transformar en mayor capital económico para él mismo, de tal modo que, la inversión en maquinaria para sustituir la mano de obra humana permitía al propietario de los medios de producción aumentar sus ganancias:

Puesto que 12 horas de trabajo del hiladero se materializan en 6 chelines, en el valor de la hilanza representado por 30 chelines se materializan 60 horas de trabajo. Existen en 20 libras de hilanza  $\frac{8}{10}$  de los cuales, o sea 16 libras, son la materialización de 48 horas de trabajo realizado antes del proceso de hilatura, a saber: el trabajo materializado en los medios de producción de la hilanza, mientras que  $\frac{2}{10}$  o 4 libras corresponden a la materialización de 12 horas de trabajo invertidas en el proceso mismo de la hilatura [...] Este desdoblamiento del producto [...] es una cantidad de producto que solo representa el trabajo contenido en los medios de producción, o la parte constante del capital, otra cantidad, que representa solamente el trabajo necesario añadido en el proceso de producción, o la parte variable del capital, y, por último, la cantidad de producto que corresponde exclusivamente al plus trabajo o la plusvalía añadidos al mismo proceso, es tan simple como importante [...] Nuestro hiladero, en las primeras horas de su jornada de trabajo produce o repone el valor del algodón, en la hora y 36 minutos que siguen el valor de los salarios, reservando al dueño de la fábrica, es decir, a la producción de la plusvalía, el resto de su jornada laboral (Marx, 2014, pp. 199-200).

Si cambiamos al hiladero del fragmento de Marx por una máquina de hilar, el valor final del producto se multiplica, pues no hay que pagar a la máquina un salario y esta trabaja mucho más rápido que el ser humano. En este contexto era lógico que trataran de defender su medio de vida destruyendo la que ellos consideraban que era la causa de sus padecimientos: el equipamiento industrial moderno, con el fin de salvaguardar su propia supervivencia y no verse arrastrados al pauperismo (Marx, 2014, pp. 381-391).

No obstante los argumentos anteriores, la lucha ludita estaba condenada al fracaso desde un primer momento porque la tendencia a la mecanización, o lo que es lo mismo, al abaratamiento de los costes de producción con el fin de maximizar la ganancia económica resultante, es un imperativo en el modelo económico y social que es el capitalismo (Marx, 2014, pp. 463-466). La lucha del ludismo, enfocada a la destrucción de la máquina con el fin de eliminar la causa del pauperismo de la clase obrera estaba, en el fondo, errando el tiro y el objetivo. La máquina no era la responsable última de la mala situación de vida en que se encontraba la clase obrera, sino que la responsabilidad debía ser desplazada hacía el sistema económico político subyacente a la máquina. En

otras palabras, la culpa de los males de la clase obrera no debía recaer sobre la maquinización y automatización de los procesos industriales, como tampoco en la más moderna robotización de los mismos, sino en el modo en que la máquina era utilizada: el sistema o contexto social subyacente a la máquina. Esta era la crítica desde el propio pensamiento obrero que Karl Marx hacía al movimiento del ludismo (Marx, 2014, pp. 153-162).

Para Marx la causa de la desgracia de la clase trabajadora no era el proceso de automatización de la producción industrial, sino el sistema económico y político subyacente (Marx, 2014, pp. 322-331). La máquina no era, en sí, ni buena ni mala para el trabajador. Lo que determinaba el impacto de la misma en la vida del obrero era el modo de utilizarla. La automatización del proceso industrial podía servir tanto para liberar al trabajador de sus obligaciones laborales, mejorando su vida o, por el contrario, como sostenían los luditas, podía servir para hacerle perder el trabajo y con él su fuente de ingresos y, con ello, arrojarles a las calles en situación de desempleo (Marx, 2014, pp. 391-399). El sistema económico y político, el modo en que se organiza la sociedad, era lo que para Marx determinaba la utilización de la máquina (Marx, 2014, pp. 410-429). En un sistema capitalista, donde la máquina era propiedad privada de un solo hombre o de un conjunto de accionistas capitalistas cuya única preocupación es lograr incrementar su margen de beneficios a través de la obtención de un mayor margen de beneficios empresariales, la automatización del proceso de fabricación era una amenaza para la vida del trabajador mientras que, en un sistema económico diferente, en un mundo donde la máquina no fuera sólo propiedad de una única persona, ya sea física o jurídica, sino una propiedad colectiva del conjunto de trabajadores, la automatización del proceso industrial no reportaría desgracias para el trabajador, sino todo lo contrario (Bastani, 2020, pp. 71-91).

Para Marx la mecanización y automatización del proceso industrial bajo un sistema económico y político comunista, donde los medios de producción, como son las máquinas o las propias fábricas, fueran una propiedad colectiva del conjunto de la sociedad o de los propios trabajadores, agrupados en cooperativas, sólo reportaría beneficios dado que la capacidad de la máquina de realizar el trabajo de una forma mucho más eficiente que los seres humanos permitiría a estos liberarse de la necesidad de emplear su tiempo y sus fuerzas en la necesidad de trabajar para obtener los recursos con los que cubrir sus necesidades básicas de alimentación o vestido (Bastani, 2020, pp. 273-289). Dejando que fueran las máquinas las que trabajaran, en un sistema social de tipo comunista, el ser humano alcanzaría, al fin, la plena libertad y podría entonces dedicar su recién descubierto tiempo libre a aquellas ocupaciones que le llenaran de verdad el espíritu: la literatura, la filosofía, la conversación o el juego (Marx y Engels, 2014, pp. 61-69). Es en este sentido que se entiende que la idea subyacente a todo el proyecto marxista es la de hacer posible la libertad de los seres humanos. Un tipo de sociedad cuyo sistema económico y político haga posible que:

[...] cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos (Marx y Engels, 2014, p. 27).

La utopía de Marx tenía como objetivo la liberación del ser humano de toda necesidad, incluyendo la de trabajar para conquistar así un tiempo libre que poder dedicar a la realización de aquellas actividades que son propias del ser humano (Bastani, 2020, pp. 27-29). Pero para llegar a esa sociedad ideal se debía, primero, acabar con la propiedad privada de los medios de producción con la finalidad de poner a las máquinas a trabajar, no ya para que una sola persona obtuviera plusvalías con las que enriquecerse mientras la mayoría de la gente se veía reducida a la miseria, sino para que la eficiencia de la máquina sirviera para liberar al conjunto de las personas de todas las necesidades de la vida, dejándolas así completamente libres (Bastani, 2020, pp. 49-71). Un planteamiento sobre el trabajo asalariado que se veía reforzado en los escritos del también socialista, y yerno de Marx, Paul Lafarge para quien el trabajo asalariado era la causa de las miserias del ser humano:

En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica. Comparad los pura sangre de los establos de Rothschild, servidos por una legión de birmanos, con las pesadas bestias nómadas que aran las tierras, acarrear los abonos y transportan la cosecha a los graneros. Mirad al noble salvaje que los misioneros del comercio y comerciantes de la religión no han corrompido aun con sus doctrinas, la sífilis y el dogma del trabajo y mírese a continuación a nuestros miserables sirvientes de las máquinas (Lafarge, 2010, pp. 13-14).

En resumen, podemos sintetizar la crítica marxista al movimiento ludita afirmando que, para Marx y sus seguidores, la máquina y los procesos de automatización de la producción, no tenían una auténtica dimensión moral: la máquina no es ni buena ni mala, ni conveniente ni inconveniente para que las personas vivan mejor o peor. El carácter moral de la máquina depende del uso que se le dé a la misma y este uso depende del sistema económico y político subyacente que organiza la vida en común. El carácter moral de la máquina, en otras palabras, viene determinado por el modo en que se organiza la sociedad y la ideología dominante en cada momento (Marx y Engels, 2014, pp. 42-61). En una sociedad organizada en torno a la propiedad privada y su defensa, donde la ideología dominante es la ideología capitalista, la máquina será utilizada para que su propietario maximice sus ganancias a través del incremento de la plusvalía (Marx, 2014, pp. 344-351). Por el contrario, en una sociedad donde la

propiedad de los medios de producción es colectiva y la ideología dominante es el comunismo la máquina y la automatización de los procesos industriales servirán para liberar al ser humano de la necesidad de trabajar, incrementando así la libertad de los sujetos (Marx y Engels, 2014, pp. 409-421).

Este análisis que Marx realiza sobre la relación entre la utilización de la máquina y la automatización de los procesos industriales, que lleva a la conclusión de que el carácter moral de la máquina depende del contexto social, económico y político de la sociedad en que se dan esos procesos, se puede también aplicar a las nuevas inteligencias artificiales en un contexto de aplicación de estas tecnologías al mundo del trabajo. La I.A, en este sentido, representa una amenaza para las condiciones de vida de los trabajadores sólo si el contexto social marca que el modo de utilizar esta misma tecnología sirve, únicamente, para los intereses de los propietarios de esas mismas tecnologías. En cambio, si estas tecnologías se ponen a disposición del conjunto de la sociedad, el proceso de sustitución del hombre por la máquina o la inteligencia artificial en el mundo del trabajo puede acabar comportando un incremento de la libertad de los sujetos. Para comprender esto debemos ver las implicaciones de la utilización en el medio laboral de las inteligencias artificiales cuando estas tecnologías se encuentran en manos privadas. Debemos entender, de forma completa y ampliada, como el capitalismo usa de la tecnología para incrementar las ganancias individuales del empresario a costa de la calidad de vida de los trabajadores, ya sea esa máquina una simple motosierra o el más avanzado sistema informático de inteligencia artificial.

### **3. Cuando la tecnología sirve al capital**

Según el análisis realizado por Marx las máquinas y las tecnologías no tienen, por ellas mismas, una dimensión moral, sino que su bondad o malicia depende del modo en que se las emplee (Marx y Engels, 2014, pp. 42-61). Al mismo tiempo, en este esquema de pensamiento, el uso que se le da a la máquina o a la tecnología depende de toda una serie de circunstancias sociales y culturales, del sistema de pensamiento dominante y hegemónico de cada momento histórico (Adorno y Horkheimer, 2007, pp. 133-183). Es esto lo que Marx criticó al movimiento del ludismo, el no haber visto que la máquina perjudicaba a los intereses de la clase trabajadora porque era empleada de un modo que era contrario a los intereses de esa misma clase, si las circunstancias fueran otras, las máquinas que sustituían a los trabajadores tendrían otra cara: en lugar de oprimir servirían para liberar (Marx, 2014, pp. 381-391). A pesar de ello, el control capitalista de esas mismas máquinas, de los medios de producción, las convertía en vehículos de opresión del hombre por el hombre. Lo mismo puede ocurrir hoy día, sólo que en lugar de hablar de telares mecánicos hablamos de robots y sistemas complejos de inteligencias artificiales (Horgan, 2022, pp. 30-35).

Bajo el sistema capitalista, sistema hoy día reforzado por la ideología neoliberal, las tecnologías que hacen funcionar los sistemas de inteligencia artificial son propiedad privada, cuyo propietario, el capitalista, busca incrementar su ganancia personal. Las máquinas, como la I.A, sirven en este sistema para que sus propietarios acumulen una mayor cantidad de beneficios al permitirles estas tecnologías producir más por un precio menor durante una jornada de trabajo estándar (Horgan, 2022, pp. 35-41). En este sentido el trabajador humano se convierte en un apéndice de la máquina, un complemento de la misma, como denuncia Paul Lafarge al referirse a los trabajadores como “miserables sirvientes de las máquinas” (Lafarge, 1883, p. 11). Los trabajadores dejan de ser autónomos para convertirse en un añadido de las máquinas durante su jornada laboral, siendo la tecnología la que marca el ritmo, alienando al individuo humano de su propia humanidad (Marx, 2014, pp. 381-391). Lo que podría ser un medio para la emancipación del ser humano se convierte en un lastre para la consecución de ese mismo objetivo, pues el sistema económico y político capitalista, que marca y condiciona el modo en que las tecnologías deben ser usadas, siempre con el objetivo de obtener su propietario un mayor nivel de riqueza individual, convierte al trabajador en un apéndice de la máquina anulando toda posibilidad de liberación ofrecida por la tecnología (Hickel, 2023, pp. 141-183).

Resulta paradójico, en este sentido, recordar que en los años 30 intelectuales de la talla de John M. Keynes o Bertrand Russell se atrevieron a aventurar que, debido al avance de las tecnologías industriales, a día de hoy, la necesidad de los seres humanos de trabajar para lograr proveerse de todo lo necesario para el sustento de la vida, se habría reducido considerablemente hasta el punto de afirmar que, en los tiempos que corren, una persona, sólo debería dedicar dos horas de su tiempo diario al trabajo productivo, constituyendo todo el tiempo restante del día, espacio de ocio y libre esparcimiento. Un tiempo libre que tanto Keynes como Russell consideraban, desde postulados republicanos, esencial para el libre desarrollo de la humanidad en términos culturales y artísticos (Fernández Liria, 2021). El tiempo libre era interpretado por estos autores como un espacio de libertad en que las personas podían dedicarse a aquellas actividades que realmente les llenaran el alma o, como tiempo atrás escribieron Marx y Engels en la *Crítica a la Ideología Alemana*, a ser “por la mañana pescadores, por la tarde cazadores y por la noche dedicarse a criticar al gobierno” (Marx y Engels, 2014, p. 27). Sin duda, la tecnología disponible permite, hoy por hoy, conseguir drásticas reducciones de la jornada laboral sin que los trabajadores vean mermados sus ingresos ni su poder adquisitivo (Hickel, 2023, pp. 141-183). Lo que ocurre, no obstante, es que eso comportaría, también, una merma notable de las ganancias empresariales derivadas del trabajo asalariado que pudiera embolsarse el propietario de los medios de producción (Marx, 2014, pp. 351-374).

En este sentido, la aplicación de la I.A no es muy diferente a la sustitución del hacha por una motosierra en el trabajo de tala y procesamiento de la madera:

la utilización de la herramienta mecánica permite hacer el mismo trabajo que la herramienta manual en la mitad de tiempo, pero eso no se traduce en una reducción de la jornada laboral, sino en el mantenimiento de la misma, con lo cual, el potencial emancipador de la máquina queda diluido (Hickel, 2023, pp. 141-183). El operario forestal podría, con una motosierra, hacer el mismo trabajo que con un hacha costaría 8 horas en apenas 2, pero la introducción de la motosierra bajo el sistema capitalista no disminuye su jornada, pues lo que se busca es aumentar las ganancias económicas del propietario de la máquina como medio de producción (Horgan, 2022, pp. 35-41). Así, en un contexto capitalista, la introducción de la motosierra sirve para incrementar la riqueza que un trabajador es capaz de generar aumentando la producción sin disminuir las horas de trabajo y manteniendo el sueldo del operario (Hickel, 2023, pp. 141-183). El beneficiado es así el empresario capitalista, que obtiene una mayor producción, por tanto, mayor cantidad de dinero en forma de mercancía.

Como una motosierra para los trabajadores de la madera, un telar mecánico en el mundo del textil o un tractor en la agricultura, la utilización de las herramientas de inteligencia artificial supone toda una revolución en el mundo del trabajo, especialmente en las oficinas y la burocracia de las empresas o las administraciones públicas (Corvalán, 2019). También, gracias a la utilización de robots, que utilizan de estos sistemas, cada día más avanzados, se abre la posibilidad de aplicar las nuevas tecnologías a tareas y oficios relacionados con el cuidado de personas dependientes e, incluso, la enseñanza (Nowotny, 2022, pp. 127-159).

La implementación de estas nuevas tecnologías, como sucede con la motosierra o el telar mecánico, alberga un enorme potencial emancipatorio, pues permiten realizar las tareas en la mitad de tiempo y reducir a la mínima expresión aquellas que por su carácter repetitivo o excesivamente exigente con el cuerpo y la mente tornan algunas actividades en “trabajos penosos” (Bastani, 2020, pp. 71-91). Herramientas como ChatGPT u otras similares, correctamente aplicadas al mundo de la empresa y la oficina, permiten aligerar la carga de trabajo de los empleados, al permitir estas nuevas tecnologías que sean estos sistemas de inteligencia artificial los encargados de redactar informes técnicos o rellenar solicitudes a gran velocidad teniendo el usuario que introducir, sólo, algunas reducidas informaciones muy concretas o unas pocas palabras clave (Corvalán, 2019). Se ahorra así una gran cantidad de tiempo y esfuerzo en la realización de las tareas, lo que permitiría que, gracias a la tecnología aplicada al mundo del trabajo, como defendían Keynes o Russell, la jornada laboral se acortaría notablemente sin suponer eso ninguna merma en la cantidad de productos de consumo disponibles o una disminución de la riqueza general (Fernández Liria, 2021). No obstante, este potencial emancipatorio de las inteligencias artificiales, como el del telar mecánico, el tractor o la motosierra, se ve limitado por el sistema capitalista actualmente hegemónico desde el punto de vista político y cultural en nuestras sociedades (Hickel, 2023, pp. 141-183).

La capacidad de las tecnologías vinculadas a la I.A para ahorrar tiempo de trabajo, bajo un sistema económico y político, como es el capitalista, que necesita para su correcto funcionamiento de un constante crecimiento económico, sólo posible de lograr mediante la generación de unas riquezas derivadas del trabajo cada vez mayores, lastra el desarrollo de una inteligencia artificial -o cualquier otra tecnología- realmente emancipadora en términos de aumento del tiempo libre (Fernández Liria, 2021). En su lugar, la aplicación de estas tecnologías en un contexto capitalista producirá el mismo efecto que la de cualquier otra tecnología al mundo laboral en el pasado: un notable incremento de la productividad que se saldará con mayores niveles de riqueza para los propietarios de los medios de producción, mientras que, los trabajadores y trabajadoras, verán que sus jornadas laborales continúan siendo igual de largas que antes de la llegada de las I.A y sus salarios igual de cortos (Hickel, 2023, pp. 97-141). El incremento de la productividad que se logrará no se traducirá en una reducción del horario de trabajo ni en un aumento de la nómina. Las posibilidades arrojadas por las I.A se traducirán así, en una mayor explotación de los trabajadores. Del mismo modo que ocurre con la motosierra, si ChatGPT permite hacer el mismo trabajo en la mitad de tiempo eso implica que en el mismo tiempo se pueda realizar el doble de trabajo, lo que se traduce en una mayor riqueza a disposición del propietario de los medios de producción y, en consecuencia, una mayor explotación del trabajador, que produce más a cambio del mismo salario (Horgan, 2022, pp. 35-41).

Por otra parte, las posibilidades que arroja la I.A cuando se aplica al mundo del trabajo hacen, también, que muchos puestos de trabajo vean comprometida su supervivencia (Selma Penalva, 2021). La posibilidad de las máquinas de trabajar más, mejor y durante más tiempo que las personas, ofrecen notables ventajas para los propietarios de los medios de producción; las máquinas no necesitan descansar para reponer fuerzas o comer, ni tienen que atender asuntos familiares o personales. Las máquinas pueden estar conectadas y produciendo durante las 24 horas del día a una velocidad equivalente a la de 10 o más trabajadores humanos, con lo que la relación cantidad-precio se ve mejorada con creces para el propietario de estas tecnologías (Marx, 2014, pp. 381-391). Al producir más por menos dinero la máquina es mucho más rentable desde el punto de vista empresarial: aumenta la producción sin necesidad de tener que aumentar la mano de obra, con lo que, como ya advertían los partidarios del movimiento del ludismo, la implementación de las nuevas tecnologías al mundo del trabajo, reduce la carga laboral, dejando en el paro a muchos trabajadores (Selma Penalva, 2021). Un miedo este que se extiende en el mundo contemporáneo ante el avance de la I.A, ante la que muchos trabajadores ven peligrar su puesto de trabajo.

Esta realidad, esta posibilidad de que las máquinas o las inteligencias artificiales sustituyan a los trabajadores humanos tiene, además, otra consecuencia detectada por la crítica marxista al sistema laboral capitalista: aumenta el “ejército de reserva” de los trabajadores en paro, lo que devalúa el

precio de la mano de obra, reduciendo los salarios ante la disponibilidad de mano de obra y lo reducido de su demanda (Marx, 2014, pp. 381-391). En un mundo como el presente, donde el neoliberalismo se ha tornado hegemónico y eso ha supuesto un retroceso en las medidas de protección social, la teoría de Marx, según la cual, los salarios vienen determinados por la cantidad de trabajadores disponibles para desempeñar una tarea (Chamayou, 2022, pp. 51-65), la amenaza que representa la I.A en cuanto a la disminución de los salarios de los trabajadores cobra especial relevancia (Selma Penalva, 2021). En un mundo dominado por el capitalismo neoliberal, donde la mayor preocupación es la generación de riquezas, la I.A constituye una amenaza para la existencia de los trabajadores, pues:

Los movimientos generales del salario se regulan exclusivamente por la expansión y la contracción del ejército industrial de reserva, [...] No se hallan, pues, determinados por el movimiento de la cifra absoluta de la población obrera, sino por la porción cambiante en la que la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva, por el aumento y la disminución del volumen relativo a la superpoblación, por el grado en que está unas veces absorbida y otras desmovilizada (Marx, 2014, p. 567).

En otras palabras: cuantos más parados haya en una industria determinada menores serán los salarios en ese sector laboral, debido al mayor número de trabajadores dispuestos a trabajar: la oferta supera a la demanda, lo que hace bajar el precio de la mano de obra, el salario (Marx, 2014, pp. 560-570). Si la I.A incrementa el volumen de parados, esta tecnología se traducirá en una merma general de los salarios en aquellas actividades laborales en las que se instalen estos sistemas (López-González, 2023). En este sentido la I.A, en un sistema laboral basado en la oferta y la demanda de mano de obra, como es el capitalista, supone una amenaza a las condiciones de vida de los trabajadores, pues hará bajar sus ingresos derivados de su actividad laboral (Horgan, 2022, pp. 84-91).

Vemos, pues, que la crítica que Marx realizaba al movimiento del ludismo es igual de válida para el telar mecánico que para las I.A: el problema no es la tecnología en sí o su introducción al mundo del trabajo; el problema reside en cómo se introduce esa tecnología, en determinar al servicio de quien y de qué está esa misma tecnología y eso es algo que viene determinado por el contexto económico y político en una sociedad concreta (Hickel, 2023, pp. 97-141). Las tecnologías relacionadas con la I.A, aplicadas al mundo del trabajo, tienen, en potencia, capacidad para aligerar la carga laboral, reduciendo la jornada, liberando al ser humano al ofrecerle incrementar su tiempo libre, pues estos sistemas podrían servir para sustituir a los seres humanos en la realización de tareas repetitivas y penosas que consumen mucho tiempo (Nowotny, 2022, pp. 101-127). Esa reducción de la jornada de trabajo e incremento del tiempo libre, sin embargo, no aparejaría ninguna merma en el resultado final, pues el ahorro de tiempo se produce gracias a la maquinización y automatización de procesos,

lo mismo que ocurre en la industria del automóvil con la introducción de robots específicos en las cadenas de montaje: se ahorra tiempo y se mantiene la producción final (Bastani, 2020, pp. 147-173).

No obstante, este potencial liberador no llega a realizarse debido a las características del sistema capitalista, que determina nuestra cultura laboral y que se fundamenta en la constante búsqueda de un incremento de la productividad para producir riqueza en manos de los propietarios industriales (Calle Zapata, 2024). En este sentido, ese potencial liberador de las I.A se difumina hasta convertirse en una nueva vuelta de tuerca a la dominación del hombre por el hombre, propia del sistema capitalista, pues ese incremento de la producción no se traduce en una mejora de los salarios ni en una reducción de la jornada laboral, sino en mayores beneficios para el propietario de los medios de producción (Hickel, 2023, pp. 97-141) y, tal vez, como denunciaban los luditas, en la pérdida de puestos de trabajo, agravando el problema del desempleo y sus derivados en los salarios.

Con estos mimbres, comprobada la vigencia de la crítica marxista al movimiento del ludismo y a la maquinización de los procesos laborales, comprobado que bajo el sistema capitalista el potencial liberador de las I.A acaba diluido, aparece entonces, la pregunta sobre las posibilidades de otro mundo: ¿cómo aprovechar el potencial liberador de las I.A cuando se aplican al mundo del trabajo? ¿cómo convertir la tecnología en una aliada del ser humano y no en un vehículo de explotación de los trabajadores? Marx respondió a estas preguntas asegurando la necesidad de una revolución en el sistema subyacente a la máquina, esto es, la sustitución del capitalismo por un sistema económico y político donde la propiedad de los medios de producción estuviera en manos de los propios trabajadores, y no en la de empresarios particulares (Bastani, 2020, pp. 147-173). ¿Es posible aplicar esta receta a las modernas inteligencias artificiales? ¿De qué modo sería posible hacerlo?

#### **4. Cuando la tecnología sirve al ser humano**

En el sistema teórico pergeñado por Marx y desarrollado a lo largo de su producción filosófica y política se proponía como solución al problema de la explotación del hombre por el hombre mediante la máquina, propia del sistema económico y político capitalista, la sustitución radical del mismo, haciendo una revolución, terminó mediante el cual el crítico de Tréveris significaba un cambio profundo en la estructura de propiedad de los medios de producción (Marx y Engels, 2009, pp. 95-105). Para Marx el problema de la explotación capitalista se debía a que las fábricas, las máquinas y los medios de producción, en general, se encontraban en manos privadas de unas pocas personas que, gracias a ello, obtenían un enorme nivel de ingresos, mientras que las personas que operaban esas máquinas y hacían funcionar las fábricas, los trabajadores, se llevaban una muy pequeña parte del resultado final (Marx, 2014, pp. 161-181). Si las tornas cambiaban, si los trabajadores fueran, efectivamente, los propietarios de las

fábricas y las máquinas que usaban para producir los bienes de consumo necesarios, en términos marxistas, se acabaría el capitalismo y con él la explotación del hombre por el hombre que es inherente a este sistema económico y político (Marx y Engels, 2009, pp. 95-105).

En el mundo post capitalista la máquina estaría al servicio del ser humano y no al revés, con lo que los desarrollos tecnológicos servirían para hacer realidad la libertad del ser humano (Bastani, 2020, pp. 71-91). El objetivo profundo de la revolución era, para Marx, la consecución de la libertad (Marx y Engels, 2009, pp. 95-105). Con el cambio de titularidad de la propiedad de los medios de producción, de manos privadas a manos de los trabajadores, se pretendía poner fin a la situación dónde los trabajadores se ven obligados a trabajar durante 12 horas o más, en el mundo que conoció Marx, para satisfacer las ansias de riqueza del propietario capitalista. Bajo la propiedad comunal de los medios de producción los trabajadores se verían liberados de la necesidad de hacer esas maratónicas jornadas laborales, conquistando así su tiempo libre: su tiempo de libertad (Fernández Liria, 2021).

La I.A ofrece un nuevo horizonte de posibilidades en este aspecto. Durante los últimos siglos la reducción de la jornada laboral ha sido un tema tabú a nivel económico y político en la mayor parte de los países, aduciendo toda una serie de contra argumentos para frenar toda propuesta en este sentido, como el argumento de la baja productividad en los puestos de trabajo relacionados con el mundo de las oficinas y los empleos del sector servicios (Horgan, 2022, pp. 11-23). Sin embargo, la I.A plantea la posibilidad de superar esta barrera. Como se ha mostrado más arriba, los sistemas de I.A ofrecen al mundo de la empresa actual las mismas posibilidades de aumento de la productividad que en el pasado ofrecieron los tractores o las motosierras en el primer sector o el telar mecánico en la industria algodonera de la que hablaba Marx en su crítica al movimiento ludita (Nowotni, 2022, pp. 35-65). No obstante, la posibilidad de un incremento de la producción, derivada de la mayor eficiencia de la I.A, no tiene porqué traducirse en una disminución de las horas de trabajo, tal circunstancia depende, como en el caso del tractor, el telar o la motosierra de las manos a las que realmente sirva la tecnología aplicada (Hickel, 2023, pp. 97-141). Si los nuevos sistemas de I.A están en manos privadas, como hasta ahora, las posibilidades emancipadoras de la misma quedan diluidas por las propias dinámicas del capitalismo, que siempre va a dar preferencia la obtención de la riqueza empresarial sobre la libertad de los seres humanos (Marx y Engels, 2009, pp. 95-105), pero si se diera el caso de que esta tecnología estuviera en manos de los propios trabajadores la situación podría ser muy diferente.

La propiedad común de los sistemas de I.A al momento de aplicarlos al entorno laboral podría favorecer la disminución de la jornada de trabajo sin que ello acarree una disminución de la productividad, del mismo modo que, como advertía Marx, podría suceder con el resto de la maquinaria (Bastani, 2020, pp.

71-91). La propiedad común de los medios de producción, en este caso las diferentes tecnologías vinculadas a la inteligencia artificial, haría desaparecer la necesidad de generar una riqueza cada vez mayor, dado que los propietarios de los medios de producción serían, también, los trabajadores, que no estarían sometidos a las condiciones laborales impuestas por un tercero, sino que serían sus propios patronos (Federici, 2021, pp. 137-155). Cuando el trabajador es el dueño de los medios de producción, como un tractor y el campo que se ara, es el propio trabajador el que decide, en función de sus propias necesidades, la cantidad de horas que dedica a la actividad laboral con el objetivo de satisfacerlas, pues no tiene que producir de más para beneficiar con ese plus trabajo a un empresario agrícola (Marx, 2014, pp. 207-210). El agricultor autónomo, como cualquier trabajador libre y propietario de los medios de producción, es su propio empleador y eso comporta la posibilidad de decidir por sí mismo la duración de su jornada en función de toda una serie de factores de carácter propio y personal, como las necesidades subjetivas o las propias apetencias (Bastani, 2020, pp. 289-297).

Los sistemas de I.A muestran cierto aire de familia en este aspecto al caso del tractor y el agricultor propietario, pero existe una notable diferencia: la propiedad de los medios de producción no sería única, no recaería en una única persona, sino en el conjunto de trabajadores de una empresa (Bastani, 2020, pp. 245-273). La diferencia con el agricultor propietario, en este caso, es que el conjunto de trabajadores propietarios de los sistemas de I.A deberían acordar, mediante un proceso democrático, el reparto de horas de trabajo en función de las necesidades de cada cual, por lo que, de nuevo, cada trabajador sólo trabajaría las horas necesarias para cubrir sus propias necesidades personales (Federici, 2021, pp. 251-267). Los trabajadores, reunidos en asamblea, acordarían, según lo establecido por Marx, los horarios de trabajo de cada cual, de modo que un trabajador X, sin familia ni gastos propios extraordinarios, podría trabajar sólo 2 horas o menos, mientras que un trabajador Y con familia o personas dependientes a cargo, que tiene un mayor nivel de gasto, podría trabajar 4 horas o más: las suficientes para ver colmadas sus necesidades (Marx y Engels, 2009, pp. 78-80). En cualquier caso, dado el potencial de la máquina, esta reducción de horas no se traduciría en una merma general de la riqueza disponible, pues gracias a la aplicación de la máquina se produciría todo lo que la sociedad necesita para vivir sin merma alguna (Bastani, 2020, pp. 273-289). A lo que se renunciaría en este caso sería a la plusvalía y al exceso de mercancías, lo que también limitaría las posibilidades de una crisis de sobreproducción. En este sentido, el sistema pergeñado por Marx y sus seguidores lleva a un modo de vida donde el ser humano trabaja para vivir, pero no uno donde vive para trabajar (Bastani, 2020, pp. 71-91).

En cuanto a las posibilidades laborales ofrecidas por la máquina, al no necesitarse de la constante generación de riqueza individual para el sostenimiento del sistema, como ocurre en el sistema capitalista, en un sistema donde la propiedad de los medios de producción, donde la I.A, fuera de

propiedad común de los trabajadores, las posibilidades de pérdida de empleos desaparecerían por completo, en todo caso se crearían nuevos (Bastani, 2020, pp. 93-121). En el sistema marxista la rentabilidad de una instalación industrial no se mide en términos de la cantidad de dinero que le genera a un empresario particular, sino en la del producto que es capaz de producir y la gente que puede mantener (Laval y Dardot, 2015, pp. 243-248). Una instalación industrial puede producir más explotando a sus trabajadores e invirtiendo en tecnología, de modo que haga bajar los costes de producción incrementando el producto final, o puede, como se propone en el sistema marxista, establecer unos objetivos en base a las necesidades de cada trabajador y, mediante las posibilidades que ofrece la tecnología establecer turnos de relevo, de modo tal que las máquinas nunca paran (Hickel, 2023, pp. 97-141). Si el agricultor libre, gracias al tractor, puede arar su campo en 2 horas, eso no implica que durante el resto del día la máquina deba estar parada, esta podría ser utilizada por otro agricultor para arar su campo cuando el primero termine. Del mismo modo proponen Marx y sus seguidores organizar la producción (Bastani, 2020, pp. 93-121). Así, por medio de los relevos, las máquinas nunca están paradas y la productividad no sólo se mantiene, sino que también podría aumentar al estar los trabajadores más descansados.

También, el trabajo a turnos ofrecería mayores posibilidades de emplear a un considerable número de seres humanos durante unas más breves jornadas de trabajo. Muchos trabajadores podrían, incluso, tener varios empleos, dedicando una pequeña parte del día a cada uno (Marx y Engels, 2014, p. 27). Se disminuiría así notablemente las cifras totales de personas en situación de desempleo, acabando con ese enorme “ejército industrial de reserva” que sirve, según los postulados marxistas, para obrar una bajada generalizada de los salarios debido a que la oferta de mano de obra disponible supera con mucho a la demanda de la misma (Marx, 2014, pp. 560-570). La propiedad comunal de los medios de producción, como serían las inteligencias artificiales, podría servir para, no sólo mejorar la vida de las gentes proporcionándoles más tiempo libre, sino para incrementar el número de puestos de trabajo y elevar así los salarios existentes, al no haber tanta cantidad de trabajadores en situación de desempleo (Laval y Dardot, 2015, pp. 367-415).

Con base a estos planteamientos se observa que la crítica de Marx al ludismo sigue plenamente vigente en los tiempos de la Inteligencia Artificial: lo preocupante no es la existencia de esta tecnología y no hay motivo para temer su implantación en el mundo del trabajo, lo realmente terrible es el uso que desde el capitalismo se propone para estas tecnologías, que condicionan su uso para incrementar las ganancias derivadas del trabajo a costa del empobrecimiento de la clase trabajadora. Si el sistema de reparto de la propiedad fuera diferente, si las I.A no estuvieran en manos de las grandes empresas sino en las de los trabajadores, las posibilidades emancipadoras de esta tecnología serían enormes. Con todo ello, por tanto, se puede afirmar que, frente al “neoludismo” contemporáneo, el tecno catastrofismo y el tecnoutopismo que

sólo repara en la tecnología en sí misma, lo que debe inquietarnos, desde el punto de vista humano, es la cultura laboral subyacente a la aplicación de esas mismas tecnologías, que determina el uso que se le da a la misma, con lo que, de nuevo, la crítica de Marx es perfectamente válida, tanto para un telar mecánico como para ChatGPT.

## 5. Conclusión

Al inicio de este artículo nos proponíamos demostrar que la crítica que Karl Marx realizaba al movimiento del ludismo en *El Capital* era perfectamente aplicable a nuestros tiempos modernos, dónde la irrupción de los sistemas de inteligencia artificial había hecho resucitar entre no pocos sectores laborales la preocupación porque estas nuevas tecnologías pudieran acabar sustituyendo a los trabajadores humanos, empeorando sus condiciones de vida al acabar con su principal fuente de ingresos. Unos planteamientos que, con visión histórica, son muy similares a los que desde el movimiento del ludismo se lanzaban en el siglo XIX a los procesos de mecanización de la producción industrial. Unos planteamientos que Marx criticó al asegurar que lo peligroso de la mecanización, en nuestros tiempos podríamos decir de la implantación de la I.A al mundo del trabajo, no eran las máquinas en sí mismas, pues estas no tienen una dimensión moral propia, sino el uso que se les da a las mismas, uso que depende de cómo se organiza la propiedad de esas misma maquinas, entendidas como medios de producción. En otras palabras, y en nuestro contexto actual, el peligro de la I.A, en su aplicación al mundo del trabajo, no es la propia tecnología sino lo que bajo el sistema capitalista actual esta tecnología puede comportar para los trabajadores y trabajadoras.

Para demostrar este punto hicimos un bosquejo, inspirado en las ideas de Marx, sobre lo que podría ocurrir si los sistemas de I.A se instalasen en el mundo del trabajo bajo unos patrones de conducta puramente capitalista, como son los propios de nuestro actual mundo neoliberal y capitalista. En este caso comprobamos que para el capitalismo lo fundamental del trabajo es la generación de riquezas para el propietario de los medios de producción, lo que implica que todo proceso de mecanización, como sería el caso de la introducción en el siglo XIX de un telar mecánico o en nuestro siglo XXI de sistemas de inteligencia artificial, deben servir para incrementar esas ganancias derivadas del trabajo, lográndose una mayor eficiencia de la productividad a costa de disminuir los salarios de los trabajadores y, efectivamente, el número de los mismos, pues la tecnología ofrece la posibilidad de producir más por menos horas de trabajo, con lo que muchos puestos de trabajo se vuelven superfluos, dado que la máquina puede hacer ese trabajo en la mitad del tiempo y por un coste mucho menor. Así, comprobamos, el peligro no está en la máquina o en la I.A, sino en el modo en que se la utiliza, con lo que si el sistema de reparto de la propiedad fuera diferente, si la producción de riqueza no fuera lo verdaderamente determinante, la I.A podría comportar todo un horizonte de posibilidades en cuanto a la libertad y la calidad de vida de los trabajadores.

Con esa idea de fondo buceamos en cómo pensaba Marx que un sistema de propiedad común de los medios de producción, como el telar mecánico que el filósofo conoció o nuestros actuales sistemas de inteligencia artificial, podría constituir una fuente de libertad para el ser humano al hacer posible una disminución global del tiempo que se necesita dedicar para producir todo aquello necesario para la vida de las personas. Una disminución del tiempo de trabajo que, no obstante, no comportase una merma de la productividad final. Así, esa misma eficiencia de la máquina que en un contexto capitalista serviría para incrementar la producción disminuyendo los costes de la mano de obra, haciendo aumentar la riqueza capitalista final, puede servir, si esa misma tecnología está en manos de los trabajadores, para conquistar tiempo libre, repartiendo el trabajo en turnos, aumentando el trabajo sin disminuir la libertad derivada de la conquista del tiempo libre.

En un mundo donde los sistemas de I.A fueran de propiedad común de los trabajadores, esta tecnología serviría para que esos mismos trabajadores vieran reducida su jornada laboral sin ver mermada su calidad de vida al mismo tiempo que, mediante el trabajo a turnos, aumentaría el número total de trabajadores ocupados, acabando con el ejército industrial de reserva, que hace bajar los salarios en el mundo capitalista. Si la propiedad de los sistemas de inteligencia artificial fuera comunal entre los trabajadores, estos sistemas, lejos de representar una amenaza para el mundo del trabajo serían un gran salto adelante en cuanto a la conquista de un mundo donde fuera posible trabajar para vivir, poniendo a las máquinas y la tecnología aplicada al mundo del trabajo al servicio de las necesidades del conjunto de la humanidad y no al servicio de unos pocos privilegiados.

Con todo esto se puede concluir que, efectivamente, la crítica de Marx al movimiento del ludismo es plenamente vigente en su aplicación a los miedos y celos que despierta la posibilidad de implantación de los sistemas de inteligencias artificiales al mundo del trabajo y que, por ello mismo, lejos de temer a estos sistemas en sí se debería tratar de usarlos de modo tal que sirvan para mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, usando su enorme potencial para mejorar el rendimiento laboral y la eficiencia resultante, para disminuir la cantidad de horas de trabajo sin que esta misma operación suponga una merma de los salarios. La alternativa de Marx para lograr esto era la de acabar con la propiedad privada e instaurar la propiedad común de los medios de producción. En nuestra modernidad hipertecnológica, tal vez, pudiéramos encontrar otro sistema que nos permitiera lograr ese mismo objetivo sin la necesidad de recurrir a la vía revolucionaria, como podría ser la implementación de una renta básica de ciudadanía. En todo caso, lo que queda de manifiesto con todo esto es la enorme vigencia que el pensamiento de Marx tiene aún hoy, 140 años después de su muerte, a la hora de pensar los derechos de los trabajadores y las trabajadoras y su relación con la tecnología.

## Referencias

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la Ilustración*. (J. Chamorro, Trad.). Ediciones Akal.
- Bastani, A. (2020). *Comunismo de lujo totalmente automatizado*. (L. Martínez, Trad.). Editorial Antipersona.
- Calle Zapata, M. (2024). Karl Marx, el joven hermeneuta: una crítica a la nueva gramática teológica del capitalismo. *Revista Filosofía UIS*, 23(1), 198-223. <https://doi.org/10.18273/revfil.v23n1-2024009>
- Chamayou, G. (2022). *La sociedad ingobernable. Una genealogía del liberalismo autoritario*. (A. Bixio, trad.). Ediciones Akal.
- Corvalán, J. G. (2019). El impacto de la Inteligencia Artificial en el Trabajo. *Revista de derecho económico e socioambiental*, 10(1), 35-51. <https://doi.org/10.7213/rev.dir.econ.soc.v10i1.25870>
- Federici, S. (2021). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. (M. A. Catalán, Trad.). Traficantes de sueños.
- Fernández Liria, C. (2021). El homo economicus. Keynes y Russell, cien años después. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 24(2), 205-210. <https://doi.org/10.5209/rpub.72841>
- Goñi Sein, J. L. (2019). Innovaciones tecnológicas, inteligencia artificial y derechos humanos en el trabajo. *Documentación laboral*, (117), 57-72.
- Hickel, J. (2023). *Menos es más. Cómo el decrecimiento salvará al mundo*. (C. Ministrál, Trad.). Capitán Swing.
- Horgan, A. (2022). *Atrapats a la feina. Com escapar del capitalisme*. (M. Sorribas, Trad.). Tigre de paper.
- Lafargue, P. (2010). *El derecho a la pereza*. (J. Alvarado, Trad.). Editorial Sol.
- Laval, C. y Dardot, P. (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. (A. Díez, Trad.). Editorial Gedisa.
- López-González, J. L. (2023). La turistificación del trabajo: bases para la crítica de un fenómeno de la aceleración social manifestado en el bleisure y el workation. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 41(2), 335-348. <https://doi.org/10.5209/crla.87872>
- Marx, K. (2014). *El capital. Crítica de la economía política*. (W. Roces, Trad.). Fondo de cultura económica.
- Marx, K. y Engels, F. (2009). *El manifiesto comunista*. (F. Cardona, Trad.). Ediciones Brontes.

La inteligencia artificial en el mundo del trabajo asalariado: una crítica en clave marxista frente a un  
horizonte de posibilidades  
José Francisco Gómez Rincón

Marx, K y Engels, F. (2014). *La ideología alemana*. (W. Roces, Trad.). Ediciones Akal.

Nowotny, H. (2022). *La fe en la inteligencia artificial. Los algoritmos predictivos y el futuro de la humanidad*. (A. Bosch, Trad.). Galaxia Gutenberg.

Selma Penalva, A. (2021). Inteligencia Artificial y Derecho del Trabajo. *Ius et scientia*, 7(2), 29-40. <https://hdl.handle.net/11441/134185>